COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 528. ¿Qué prohíbe el noveno mandamiento?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 528 del Compendio del Catecismo:

¿Qué prohíbe el noveno mandamiento?

El noveno mandamiento prohíbe consentir pensamientos y deseos relativos a las acciones prohibidas por el sexto mandamiento.

Como dijimos en el punto anterior, el sexto y el noveno mandamiento están muy unidos: el sexto se refiere a pecados de obra; el noveno, a pecados de pensamiento y deseo.

Un detalle muy importante: el noveno mandamiento dice «no consentirás pensamientos ni deseos impuros», no «no tendrás pensamientos impuros». ¿Por qué puede suceder que el hombre no tenga responsabilidad moral en un pensamiento impuro que le venga? Decía Santa Teresa de Jesús, con su habitual gracejo: «*La imaginación es la loca de la casa*», que es un tanto incontrolable. El hombre no tiene responsabilidad moral sobre todo lo que le trae la imaginación. Sí es cierto que, si uno ha pecado alimentándola indebidamente con imágenes impuras, su imaginación supondrá después un trabajo añadido, porque recordará imágenes que él mismo alimentó.

La clave está en que el hombre tiene responsabilidad moral no cuando le viene un pensamiento —es muy diferente que algo llegue desde fuera a que uno lo busque y lo haga suyo—, sino cuando lo consiente, cuando se lo apropia con voluntariedad. Es materia de pecado contra el noveno mandamiento cuando alguien consiente un pensamiento o deseo impuro, es decir, lo hace suyo.

El lenguaje evangélico habla de purificar el corazón, sede de la personalidad, donde se fragua la vida moral del hombre. **Mateo 15, 19** dice: «*Porque del corazón salen pensamientos perversos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias*». Las cosas nacen en el corazón. Antes de que alguien cometa un homicidio, en su corazón se ha ido fraguando el odio. Antes de difamar públicamente a alguien, en su corazón se han ido fraguando la envidia y los celos. Antes de cometer adulterio, se han ido fraguando pensamientos impuros.

Por ejemplo, el famoso pecado de David, que se quedó con la mujer de Urías. El relato narra cómo aquella barbaridad que cometió —llevar finalmente a la muerte al general Urías para tapar que había dejado embarazada a su mujer, Betsabé— tuvo su origen en que él había salido a la terraza y había mirado con mirada impura a Betsabé, que habitaba cerca. De las miradas, de los pensamientos, de los deseos impuros, vinieron el adulterio

y, después, el homicidio. Hay una concatenación de pecados que nació del desorden del corazón, de haber consentido pensamientos y deseos impuros.

Ha de haber, pues, una lucha por la purificación del corazón, una lucha contra esa concupiscencia de la que hablábamos en el punto anterior. La sexta bienaventuranza dice: «Bienaventurados los limpios de corazón». El término «limpio de corazón» puede referirse a distintas materias, pero la tradición lo ha aplicado de manera muy especial a la pureza y la castidad. ¿Quiénes son los limpios de corazón? Los que han ajustado su inteligencia y su voluntad a la exigencia de la santidad, moldeados por tres cosas: la verdad, la caridad y la castidad, que moldean la inteligencia y la voluntad y nos permiten ser limpios de corazón.

Sirva un texto de San Agustín en el que habla de ser moldeado por la verdad, la caridad y la castidad. San Agustín fue un hombre que libró una gran batalla contra la impureza; tuvo un desorden notable en su vida sexual y experimentó la dificultad de la purificación del corazón. Explica lo siguiente: «*Los fieles deben creer los artículos del símbolo (del Credo) para que, creyendo, obedezcan a Dios; obedeciéndole, vivan bien; viviendo bien, purifiquen su corazón; y purificando su corazón, comprendan lo que creen*».

Lo que viene a decir es que no se puede purificar el corazón si uno no se ha adherido a la verdad. De la adhesión a la verdad —la ortodoxia— viene también la conformación con el bien. El bien está en la verdad. La castidad es igualmente el bien que ordena el mundo interior. La tríada de verdad, caridad y castidad es la que termina por ordenar al hombre interior.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». El corazón limpio y puro es el preámbulo de la visión de Dios en el cielo; allí veremos a Dios tal cual es. Pero el corazón limpio es también preámbulo aquí y ahora: nos permite ver las cosas según Dios, desde su perspectiva. Cuando alguien tiene un corazón puro, ve en el cuerpo de su prójimo el icono del alma, el templo del Espíritu Santo; porque está viendo a las personas desde Dios, con unos ojos purificados.